

GRANADA
20 DE DICIEMBRE DE 2004
- Gran Vía 34-

Ya se habían apoderado completamente de la ciudad las bajas temperaturas. Las gélidas mañanas se intentaban combatir con chocolate caliente y, el atardecer con las castañas asadas que inundaban con su olor las estrechas calles del centro.

A mis 79 años, cada vez me costaba más superar esos inviernos. Mi sirvienta me aconsejaba que me quedara en casa y no saliera durante los meses más duros, pero estaba enamorado de Granada, de la ciudad que me dio vida y me seguía alimentando con su embrujo. Todos los días necesitaba pasear por sus calles y saludarla. Solo hubo un día que no pude hacer mi recorrido, debido a una extraña enfermedad. Pero gracias a los enormes ventanales de mi casa, no fue tanta la importancia, gracias a que me permitían ver toda la calle.

Tal día como hoy, de 1970, me abrigué con mi gorro, mis guantes... ya que disponía a realizar mi recorrido. Andaba hasta Puerta Real, donde me encontraba con mi amigo Juan; íbamos a la plaza Mariana Pineda, nos tomábamos un chocolate caliente en el Café Fútbol y después paseábamos y paseábamos hasta la hora de la vuelta. La hora de comer.

Pero ese día no llegué a salir por la puerta.

Mi casa tenía un compartimento secreto justo al lado del ventanal, construido durante La Guerra. Yo guardaba allí viejas

colecciones de monedas y periódicos, que de vez en cuando me gustaba enseñar a los amigos.

Esa mañana decidí dar un vistazo a las monedas viejas antes de salir. Levanté con cuidado la portezuela y comencé a bajar los cinco escalones como miles de veces había hecho. Al poner el pié en el segundo escalón, resbalé. Cayendo aparatosamente hasta dar con la cabeza en el armario, donde tenía mi pequeño tesoro.

Instante después empecé a notar un líquido caliente que resbalaba por mi cara. Era sangre, aunque no podía ver, porque la portezuela se había cerrado.

Mi cuerpo no podía aguantar tanto dolor. La postura contribuía a aumentar el espantoso dolor de mis piernas, pecho y cabeza. Quedé inconsciente, forzado por tanta angustia.

Tiempo después desperté al escuchar unos pasos por mi casa. ¡Claro! Se trataba de María. María era una mujer que todas las mañanas venía a ocuparse de la casa y preparar la comida. Puedo jurar que hice todo lo posible para que se diera cuenta de que estaba allí, pero mi cuerpo no respondía, ni hablaba, ni se movía.

Pensé que María, al ver que yo no estaba allí a la hora de comer buscaría por toda la casa hasta dar con el sitio. Pero no. Lo que hizo fue llamar a la policía y buscar por todos los rincones de Granada.

Pero yo no había salido, continuaba en mi casa.

Hubo un momento de mi larga espera en el que la vida abandonó mi cuerpo. Ahora soy consciente de que mi vida se fue en aquel escondite donde hoy aun siguen sin encontrarme.

He intentado desde 1970 que los inquilinos que iban habitando mi casa fueran participes de lo que solo sé yo, pero lo desconocido, lo que no se puede ver ni tocar os da miedo, tanto que sois incapaces de tener en cuenta la ayuda que os pido.

Gracias, tu has sido el único que ha escuchado mi petición, y gracias por transformar en palabras todo lo que quiero que sepan.

Firma: Miguel Lazaro
Inquilino de la casa desde 2001